

Mudar

Catalina Landivar

Texto en proceso | Residencia en Can Serrat

La primera vez que escuché esa palabra estaba al lado de mi hermana melliza, como casi siempre en todos mis tiempos. Papá se había arrodillado para que los seis ojos estén a la misma altura y sonreía cariñoso, pero había una tensión en su pedido de que lo escuchemos, por favor, y dejemos de pensar en esos juguetitos rojos tirados en el piso. Mamá, ya embarazada de Juli, no estaba en ese círculo que dibujaban nuestros cuerpos. Tal vez trabajaba o esperaba que el maíz se haga pochoclo o compraba lechugas o pensaba en crear. Vaya a saber por qué habían decidido que fuera papá el que diera la noticia.

-Nos vamos a mudar, dijo.

Vivíamos en Ayacucho y a nuestra vecina Tita, le decíamos Rhodesia. El departamento tenía nombre: *Lo de Crovo*, por el dueño que venía cada mes a cobrar y a traer pastelitos de batata. *Lo de Crovo* tenía pisos de madera que recorríamos patinando en medias. Recuerdo el goce contagioso de mamá por ese living sin astillas. Por esa expansión. Mamá siempre volviendo escénicos sus espacios personales, logrando, cada vez, que las paredes fantaseen con expresar.

Las imágenes de nuestro tiempo ahí son vagas pero de una contundencia feroz: la cucharacha gigante en la espalda de mamá, su canción de las buenas noches que nos hacía reír del susto, el disfraz de payaso de papá con bigotes y transpiración, nuestro abrazo al recibir las bicicletas pintadas, la música fuerte, el balcón prohibido. Fue a contraluz del ventanal de lo de Crovo que envolví mi dedo índice en hilo de coser hasta dejarlo violeta y comprendí lo fácil que puede ser herirse. Aprendí también que las bolsas de plástico no se ponen en las cabezas y que la sangre que no circula, mata.

No sé si papá lo dijo una, dos o tres veces pero en mi cabeza se armó lo simultáneo del eco y el silencio. Un miedo sonoro. Un retumbe dentro de la piel. Nos vamos a quedar mudos, entendí y grité ¿Por qué? para mí adentro. No era un por qué ligero, era un grito de auxilio. Una pregunta amplificadas por los glóbulos de mi sangre de cinco años. Un pensamiento que carcomía todo para volverse mi primera sensación de pánico por lo que vendría.

Nos vamos a mudar, dijo. Me dolía imaginar el silencio de la familia por la eternidad. Las cenas mudas para siempre. ¿Por qué sonreía papá? Esto era mi primera tragedia. Mi muerte. Dejenme ciega, pero no me quiten las palabras. Tan horrible ser cómplice, tan injusto condenar a nuestra hermana por nacer a una vida sin voz. Pasaron segundos. Ninguna habló. Los ojos de papá alternaban entre los míos y los de Meme, queriendo respuestas. Yo no iba a usar mis últimas palabras sin pensarlas detenidamente antes.

-¿Saben lo que es mudarse?, dijo después.

No respondimos. Miré para abajo. Me detuve. Debo haber hecho la cara de mi sobrina, debo haber arrugado la cara como cuando ella pregunta en donde están los zombies.

Nos vamos a cambiar de casa. Vamos a volver a Tandil.

Respiré. En ese momento supe que una confusión puede matar, como el hilo que ajusta el dedo. Que dar por hecho es peligroso. Si mudar no era enmudecer podía volver a pensar en los juguetes rojos que aplastaban mis pies.

Volveríamos a Tandil, la ciudad de mamá y mudarse era cambiar, nomás. Cambiar. Empezar de nuevo.